

Enrique Krauze, *Octavio Paz: El poeta y la revolución*, Barcelona: Delbolsillo, 2014, 302 pp.

El centenario de Octavio Paz coincide con el vigésimoquinto aniversario de la caída del Muro de Berlín. Las conmemoraciones vieron la publicación de un estudio biográfico singular del Nobel en Letras. Dicho estudio resulta excepcional por la estrecha colaboración del autor con el poeta durante la última etapa de su itinerario literario e intelectual, a lo lejos, la decisiva. Para Enrique Krauze, la biografía refleja su propia travesía, posibilitando en particular una apreciación cercana y perspicaz. Para este lector, la última coincidencia hizo que los capítulos adquirieran una sensación de memoria, recordatorio que evoca una evolución paralela, de hecho la de toda una generación. La retrospectiva de esta generación alcanza los años sesenta, cuando salimos de la adolescencia, a finales de la década. Comienzo el breve repaso de la travesía de Paz como compañero de Krauze en la revista *Vuelta* en los treinta, porque el año 1989, el de la caída, representa una especie de culminación tanto para Paz como para nosotros. Por cierto, la presente reflexión le debe un reconocimiento a Carlos Monsiváis por su acertada evaluación de la contribución de Paz a la discusión de estos temas.¹ Le hemos acompañado hacia esa celebración de la democracia y la libertad, así que el libro lo podemos recomendar como una reseña de uno de los más importantes desenlaces históricos de nuestro tiempo. Estudiar la biografía de Paz es importante porque nos estamos olvidando de ello.

El capítulo V nos lleva a Valencia, al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Paz titubeó frente a la condena de André Gide por su libro *Retour de l'URSS*. Junto con Carlos Pellicer no la refrendó con su voto, pero se quedó callado. En la quincuagésima conmemoración del congreso hace recordar a los asistentes aquella “perversión del espíritu revolucionario”; como “quisimos ser los hermanos de las víctimas y nos descubrimos cómplices de los verdugos... Justificamos nuestro silencio con especiosos argumentos” (258). Durante ese medio siglo le costó cara su lucha por una claridad sobre los principios humanísticos, a contracorriente de las concepciones de gran parte de la comunidad académica, cultural e intelectual de América Latina. Gracias a su cercanía, Krauze nos detalla las difíciles y a veces dolorosas peripecias de la confrontación; él presenció la decepción y consternación que debía haber sentido por la persecución que sufrieron Paz y sus colegas.

1. Carlos Monsiváis, “Octavio Paz y la izquierda”, *Letras Libres*, abril (1999).

En una reciente entrevista con Carmen Aristegui, el autor responde a la alusión de la periodista a la idea de “Octavio Paz y el poder” (formulada más bien como una ocurrencia que una pregunta).² Aclara que la percepción de tal relación nunca se debió a ninguna reciprocidad material, incluso durante el sexenio cuando tomó la decisión de apoyar las reformas económicas del gobierno.

Seguramente al poeta le extrañaron las acusaciones, aún más la campaña orquestada en su contra por las brigadas del autodenominado movimiento “infrarrealista” que, entre exaltados y ebrios, irrumpieron en las lecturas y ponencias bajo la consigna de “volarle la tapa de los sesos a la cultura oficial” y para “darle en la madre a Octavio Paz”.

A lo largo y ancho de la academia, entre las amplias capas de escritores y estudiantes de la literatura del sexenio de Luis Echeverría hubiera sido fácil encontrar gran cantidad de fieles defensores del régimen. Uno se pregunta, sólo pensando en un ejemplo: ¿cómo se salvó la efigie de Carlos Fuentes de la hoguera? Una explicación radica en que Paz había llegado en esa época a cuestionar la postura acrítica hacia los sistemas socialistas del bloque soviético e inquietarse por la violación de los derechos democráticos bajo ciertos regímenes. La expectativa para los creadores era la siguiente: señalarla bajo algunos pero guardar silencio en el caso de otros. En 1971, el caso del poeta Heberto Padilla probablemente le recordó a Paz su falta de valor en Valencia.

El lector comparte la amargura del director de *Vuelta* en el momento de recibir la noticia, algunos años después, del asesinato del colaborador Hugo Margáin y la reivindicación del crimen por “J. D. A. Poesía en Armas” (231).

Como indicó Monsiváis, de manera indirecta, Octavio Paz no era político ni ideólogo. Así resulta fácil encontrar las imprecisiones de formulación en sus observaciones y de la misma forma confundirse por las figuras de expresión poco rigurosas. Al mismo tiempo, a partir del capítulo XVIII, después de la profunda crisis ocasionada por la ejecución de su colega, participamos en el arduo intento por su parte de entender la evolución hacia una nueva apertura en su país, difícil por su propia apertura y porque ya había desechado el dogma, todavía de moda (preparación para la próxima Revolución Mexicana). Ahí se finca la noción de una relación de Octavio Paz con “el poder”. El poeta empezó a expresar con más frecuencia sus opiniones en la televisión, uno de los “poderes”. En su lógica, con la idea de

2. “Entrevista con Enrique Krauze” por Carmen Aristegui, *mexico.cnn.com*, 31 de marzo de 2014, <http://mexico.cnn.com/entretenimiento/2014/03/31/paz-un-hombre-de-izquierda-rechazado-por-la-izquierda-mexicana-krauze>.

que la democratización de México no iba a tomar forma definitiva por el *derrocamiento* de su sistema político, llegó a pensar que la iban a construir los ciudadanos por medio de su *reforma*.

En la famosa mesa con Mario Vargas Llosa, en 1990, se mostró visiblemente molesto por la caracterización del gobierno priísta como "dictadura perfecta". En esta ocasión, la precisión sí hacía falta, y podemos de cierta manera concederle la razón a Paz, no obstante el uso adecuado a todas luces de la metáfora por parte del novelista. Si hubiera llegado a ver la primera alternancia electoral diez años después, habría compartido la rectificación de Vargas Llosa: que felizmente "no era tan perfecta". Aunque a primera vista parece forzado el vínculo, el estudio de esta biografía resulta pertinente para entender la actual crisis de los derechos humanos surgida de los dramáticos acontecimientos en el estado de Guerrero.

The 100th year anniversary of the birth of Octavio Paz coincides with the 25th anniversary of the fall of the Berlin Wall. The commemorations witnessed the publication of a singular biography of Paz, Mexico's Nobel Laureate in Literature. The biography is exceptional because of the close collaboration between its author and the poet during the last stage of his literary and intellectual career; which is by far the decisive one. For Enrique Krauze, the biography reflects his own trajectory, making for an intimate and perspicacious appreciation. For this reader, the latter coincidence made the chapters take on a sense of memory—a remembrance that evokes a parallel evolution. In fact, it is the memory of an entire generation. The retrospective of this generation reaches back to the 1960s when it was coming out of adolescence, toward the end of the decade. I begin this brief review of the trajectory of Paz in the 1930s, as his co-worker at the journal *Vuelta* traces it, because the year 1989, and consequently the fall of the Berlin Wall, represents a kind of culmination as much for Paz as for us. Parenthetically, this reflection owes recognition to Carlos Monsiváis for his astute assessment of Paz's contribution to the discussion of the themes that we are considering here.³ As a generation we have accompanied him toward this celebration of democracy and freedom, such that one can recommend Krauze's book as a review of one of the most important historical outcomes of our time. Studying Paz's biography is important because as a generation we are forgetting.

Chapter 5 takes the reader to Valencia, to the Second International Congress of Writers for the Defense of Culture where Paz

3. Carlos Monsiváis, "Octavio Paz y la izquierda", *Letras Libres*, April (1999).

hesitated before the condemnation of André Gide for his book, *Retour de l'URSS*. Together with Carlos Pellicer he did not support it with his vote, but instead remained silent. At the 50th commemoration of the congress he reminded the attendees of the “perversion of revolutionary spirit”; how “we wanted to be brothers of the victims and we revealed ourselves as accomplices of their henchmen . . . We justified our silence with specious arguments” (258). During that half-century, Paz’s struggle for clarity of the humanistic principles cost him dearly, against the current of the conceptions of a broad layer of the academic and cultural milieu of Latin America. Thanks to the close collaboration he maintained with Paz, Krauze details the difficult and at times painful vicissitudes of the confrontation; he witnessed the disillusionment and consternation that Paz must have felt for the persecution both he and his colleagues suffered.

In a recent interview with Carmen Aristegui, Krauze responds to an allusion on the part of the host to the idea of “Octavio Paz and the power structure” (formulated more as a notion rather than a true question).⁴ He clarifies that the perception of such relationship never came from any material reciprocity, even during the presidential administration when he made the decision to support its economic reforms. The poet was surprised by the accusations, even more so by the campaign orchestrated against him by the brigades of the self-defined “infrarrealist” movement who, exalted and inebriated, interrupted readings and presentations under the slogan of “blowing off the top of the brain of official culture” and to “take revenge upon Octavio Paz.” Up and down and across academia, among the wide expanse of writers and students of literature during the Luis Echeverría administration it would have been easy to find many loyal defenders of the regime. One may ask: how is it that the effigy of Carlos Fuentes was spared from the bonfire? A possible explanation resides in the fact that Paz had come to question the uncritical posture toward the socialist systems of the Soviet bloc and to express concern about the violations of democratic rights under certain regimes. The expectation for artists and writers was as follows: point them out in some cases and stay quiet about them in others. In 1971, the case of the poet Heberto Padilla probably reminded Paz of his deficit of courage in Valencia.

The reader shares the bitterness of *Vuelta*’s editor at the moment of receiving the news, years later, of the murder of contributing writer

4. “Entrevista con Enrique Krauze” by Carmen Aristegui, mexico.cnn.com, March 31, 2014, <http://mexico.cnn.com/entretenimiento/2014/03/31/paz-un-hombre-de-izquierda-rechazado-por-la-izquierda-mexicana-krauze>.

Hugo Margáin and the credit that was taken for the crime by "J. D. A. Poetry in Action" (231).

As Monsiváis pointed out, indirectly, Octavio Paz was not a politician or ideologue. Thus, it is easy to find imprecise formulations in his observations and similarly be confused by figures of expression that lacked rigor. At the same time, starting from chapter 18, after the deep crisis prompted by the execution of his colleague, we participate in the arduous attempt on his part to understand the evolution toward a new political opening in Mexico, difficult as a result of his own opening, and because he had discarded the still fashionable dogma, prepare for the next Mexican Revolution. From this stance the notion of Octavio Paz and "the power structure" takes form. He started to appear more frequently on television, one of the "powers." By his logic, starting with the premise that the democratization of Mexico would not be realized by *overthrowing* the political system, he came to believe that the citizens of his country would come to construct it by means of *reforming* the system.

In the famous forum with Mario Vargas Llosa, in 1990, he appeared annoyed at the characterization of the regime of the PRI as the "perfect dictatorship." On this occasion, precision *was* necessary, and one can concede the point that Paz made, notwithstanding the perfectly adequate metaphor that Vargas Llosa presented. If he were to have lived to see the first electoral change of party rule ten years later, he would probably have shared Vargas Llosa's rectification: that happily "[the dictatorship] wasn't perfect after all." While at first glance the connection may seem forced, the study of this biography is pertinent for understanding the current crisis of human rights highlighted by the dramatic events in Guerrero.

Norbert Francis
Northern Arizona University